

Chávez en el poder. Notas sobre la transición venezolana

Alfredo Ramos Jiménez

Como promesa democrática, la experiencia de Chávez en el poder debe considerarse como parte de una política de transición que vive Venezuela a partir de la década de los noventa. Un régimen partidocrático o de *duopolio* partidista, que había entrado en declive profundo, poco a poco va dejando su lugar a un nuevo régimen que, apoyado en un amplio movimiento social ganado para el cambio, se propuso el establecimiento de las bases de una nueva formación política, para la ocasión, denominada Quinta República¹.

Dentro de la lógica de funcionamiento de esta nueva república surge y va tomando cuerpo en la sociedad política lo que hemos convenido en denominar el "fenómeno Chávez", en tanto expresión de una aspiración política sentida por amplios sectores de la población, personalizada en el líder, que dice representar el deseo profundo de "acabar con el pasado" y con una cierta capacidad para desarticular el tradicional sistema político².

En efecto, la experiencia de Chávez y del *chavismo* en el poder, en tanto política de transición, ha sido identificada hasta aquí como pariente cercana de las experiencias gubernamentales de Menem en Argentina y de Fujimori en Perú. Y ello desde perspectivas que acentuaban un tanto la hipótesis del excepcionalismo venezolano en la época de la transición y consolidación de las neodemocracias latinoamericanas³.

¹ Sobre la tesis de la partidocracia en Venezuela, véase Michael Coppedge, 1994; Manuel Hidalgo Trenado, 1998, p. 63-100; Enrique Baloyra, 1998, Alfredo Ramos Jiménez, 1999, p. 35-42.

² No hacemos referencia aquí a un "fenómeno chavista" puesto que la personalidad del presidente ha logrado concentrar el poder en sus manos desde la campaña presidencial del 98 hasta nuestros días, centralizando la política pública en sus diversas manifestaciones. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2000, p. 13-39.

³ En la literatura política latinoamericana de corte comparativo se da por sentada la asimilación de las experiencias de Chávez, Menem y Fujimori como demostrativas de la conocida hipótesis de Guillermo O'Donnell sobre las democracias delegativas. Cf. O'Donnell, 1992. Cf. Isidoro Chereski e Inés Pousadela, 2001, p. 30-31. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 1997, p. 59-87.



Modelo de democracia para el resto de países latinoamericanos, el sistema político venezolano al parecer tenía asegurada una cierta estabilidad institucional, apoyada en una relativa paz social. De modo tal que los 40 años de democracia bipartidista habrían servido de demostración, sea de la viabilidad de la democracia en contextos caracterizados por grandes desigualdades sociales o bien de la prevalencia de una política de clientela, como la forma 'normal' de hacer política.

En tal sentido, cabe advertir un hecho decisivo en la experiencia venezolana que consiste en la presencia de partidos "opositores y no competidores", configurando un sistema de partidos caracterizado principalmente por una "oposición leal" que servía de base para el control de las tres cuartas partes del electorado. Ello le asignaba al sistema político venezolano características de excepcionalidad frente a los estándares normales de la política democrática en nuestros países⁴. En efecto, en todas partes y particularmente en los países centroamericanos, los movimientos democratizadores consideraban que el modelo a imitar ya estaba funcionando en Costa Rica y Venezuela.

Ese modelo bipartidista entra en crisis, al parecer terminal, con la experiencia gubernamental de Caldera y ya podía advertirse una amplia aspiración colectiva que demandaba su reemplazo definitivo en la primera elección de Chávez en 1998. Así, la vulnerabilidad del sistema era evidente y para muchos anunciaba el advenimiento de una nueva etapa en la construcción de la democracia, destinada a romper con la experiencia del duopolio partidista. Y el surgimiento de una clase política emergente, llamada a sustituir a la tradicional elite política, quedaba planteado como el indicador más preciso de la época de cambios que se inicia con el fin de siglo.

Dentro de la hipótesis de la excepcionalidad venezolana, cabe advertir también, desde 1999, la producción de unos cuantos cambios y desarrollos que ya estaban anunciados en la experiencia democrática precedente y que parecen estrechamente vinculados con el declive profundo que afecta a los dos principales partidos. De ahí que una nueva opción política, voluntarista y personalizada, poco a poco se fue abriendo camino, alimentada por la evidente "fatiga cívica" y el desencanto que vive el sector más numeroso de la población, el mismo que había asistido normalmente y apoyaba con su voto la persistencia del sistema en un período histórico más o menos extenso. En tal sentido cabe plantearse la cuestión de saber si la promesa *chavista* configuraba una alternativa viable dentro de un contexto dominado por el desencanto y la extendida frustración social o, por el contrario, se trataba más bien de una experiencia política personalizada de nuevo cuño, portadora de expectativas de cambio, ancladas en la misma política de clientela del "viejo régimen"⁵.

Un voluntarismo original que se traduce en el deseo de dejar atrás los 40 años de "democracia corrupta", se revela resistente ante los imperativos sociales que se van desplegando como esfuerzo colectivo sostenido en un vigoroso "cambiamos para que todo siga igual", que impulsa a las elites tradicionales como ejercicio de supervivencia política. No en otra forma deben entenderse tanto la abstención de una clase política rápidamente desmovilizada en las elecciones y referenda del 99, como su incapacidad para hacer frente de oposición coherente ante la propuesta de Chávez en el poder.

La hipótesis de la revolución pacífica

El hecho de que un comandante sublevado se haya plegado a las exigencias de la democracia competitiva había sorprendido un tanto a la

⁴ Desde las primeras elecciones en los 60, y hasta fines de los 80, los partidos AD y COPEI contaban con al menos el 80% del total electoral. Entrados los 90 y particularmente con la elección de Rafael Caldera (1993), nuevas fuerzas (La Causa R en el 93 y el MVR en el 98) comienzan a disputarle el terreno cautivo del tradicional bipartidismo. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2001, p. 65-75.

⁵ Sobre la riqueza imaginaria de un Estado arbitrario y prepotente en Venezuela, véase Fernando Coronil, 1997 y sobre los orígenes de la "revolución bolivariana": Manuel Caballero, 2000 y Alberto Garrido, 2000.

tradicional clase política que no le concedía chance alguno para ganar las elecciones presidenciales y legislativas del 98. El triunfo de Chávez en las elecciones de diciembre del 98 sobre las fuerzas coaligadas de la nueva oposición democrática (AD, COPEI y otros partidos menores) marcó para la historia de Venezuela la entrada de una época cargada de incertidumbre. Como nuevo partido, el Movimiento V República (MVR) combinaba una cierta carga simbólica no muy ideologizada con formulaciones de corte corporativo, que incluían la unidad eventual entre "caudillo, ejército y pueblo", como la plataforma sociopolítica de la así proclamada "revolución bolivariana"⁶.

Si bien es cierto que el discurso de Chávez integra todo un conjunto de reivindicaciones populares, las mismas fueron configurando una suerte de "gran rechazo" del pasado democrático bipartidista, marcando el "nuevo comienzo", que debía dejar atrás el "antes", rápidamente identificado como la causa de la frustración y de una crisis económica agravada con la baja de la renta petrolera⁷.

La propuesta *chavista* de una nueva constitución se convirtió pronto y sin dificultades en el estandarte de lucha de las fuerzas autoproclamadas del "Polo Patriótico". Una nueva constitución estaba, por consiguiente, llamada

a cumplir la función de proyecto político del "nuevo comienzo", en circunstancias tales que ese "volver a empezar" requería ciertamente de una organización política con capacidad para reunir en su seno a las clases emergentes y excluidas del antibipartidismo. De allí la paradoja que reside en el hecho de que la antipolítica de tales clases debía transformarse en la fuerza política activa, cuya función no sería otra que la de apuntalar las ejecutorias del nuevo régimen. De este modo, la profundización del liderazgo carismático de Chávez poco a poco iría socavando las posibilidades de conformación del necesario *party government*, en tanto base política para conducir a la que se empezó a conocer como "revolución pacífica" o "revolución en democracia"⁸.

Si partimos del hecho de que la democracia se funda en elecciones periódicas, la misma siempre será *pro tempore*, en el sentido de que requiere legitimarse de tiempo en tiempo. Este no es el caso de la revolución, para la que no existe período establecido. Ello explica en buena parte la insistencia con la que Chávez recuerda a los venezolanos su voluntad de mantenerse en el poder al menos unos 20 años. Y si la "revolución bolivariana" se proponía implantar las bases de un nuevo sistema político, la acción gubernamental no reafirmaría en momento alguno la orientación de la "fuerza

⁶ Este planteamiento provenía de un sociólogo argentino, Norberto Ceresole, desconocido en su país, con claras orientaciones autoritarias y antidemocráticas, convertido en asesor del candidato Chávez. Según Ceresole: "La orden que emite el pueblo de Venezuela el 6 de diciembre de 1998 es clara y terminante. Una persona física, y no una idea abstracta o un "partido" genérico, fue "delegada" por ese pueblo para ejercer el poder, la orden popular que definió ese poder físico y personal." Citado en Alberto Garrido, 2001, p. 8.

⁷ La literatura que promueve en el exterior la figura del presidente Chávez y su movimiento como el líder que anuncia los nuevos tiempos para Venezuela y América Latina, no es desdeñable. La misma incluye trabajos que van desde el elogio interesado, aquel que identifica al presidente con el legado del libertador Simón Bolívar (Véase Richard Gott, 2000) hasta aquellos que consideran al chavismo como la fuerza de la "revolución bolivariana", en cuanto "la cuarta vía hacia el poder" y a Chávez como el "primer gran pensador revolucionario que ha producido la Patria Grande desde los años sesenta" (Cf. Heinz Dieterich, 2001, p. 74). A lo que habría que agregar las elucubraciones francesas de Ignacio Ramonet (director de Le Monde Diplomatique), para quien el comandante Chávez debe considerarse como el apóstol de la antimundialización, "soutenu par les forces de gauche et par les deshérités". (Ramonet, 1999).

Después de advertir el hecho de que "Los distintos pronunciamientos de Chávez en materia económica y social no deslumbran por su precisión ni claridad", Jorge Castañeda admite que, en nuestros países latinoamericanos, "Se requiere de poderes ejecutivos fuertes y democráticos pero, a diferencia del pasado, no autoritarios, que rindan cuentas, no se perpetúen en la silla presidencial y se vean obligados a confirmar y consolidar consensos en apoyo a sus propuestas y a aceptar sus derrotas cuando las sufran". Algo un tanto lejano de la experiencia de Chávez en el poder (Castañeda, 1999).

⁸ El aplastante triunfo en la elección de los constituyentes (julio de 1999) terminó por ubicar a las fuerzas del chavismo en una posición hegemónica que reducía considerablemente a las fuerzas, desde entonces endebles, de la oposición. De los 131 constituyentes elegidos (24 escogidos por circunscripción nacional, 104 por la circunscripciones regionales y 3 en representación de las comunidades indígenas), sólo 6 correspondían a la oposición. El 15 de diciembre 1999 queda aprobada la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela por el 71,7% del total de 4.819.786 votantes. El nivel de la abstención era un tanto alto (55,6%). Cf. Medófilo Medina, 2001, p. 126-127.



revolucionaria" hacia esa gran transformación de la estructura social y política. Proceso que exigía la creación de instituciones políticas alternativas. Por el contrario, si se trataba de una revolución democrática, la desviación voluntarista, personalizada en el líder carismático, se constituiría a la larga en un obstáculo de peso para la participación ampliada de los ciudadanos que aquella implica.

Asimismo, tal "revolución" no podía ser armada o violenta y si bien el tono antidemocrático del discurso del nuevo régimen traducía el autoritarismo fundamental del equipo dirigente de las fuerzas del *chavismo*, el mismo venía vinculado con el voluntarismo de un presidente que, como en unas cuantas experiencias latinoamericanas del populismo, pretendía gobernar sin partido alguno o por encima de los partidos. Este fenómeno, cuyos precedentes más cercanos los encontramos en los gobiernos neopopulistas de Menem y Fujimori en la década de los 90, se encarna en la experiencia venezolana en una evidente personalización de la decisión política⁹.

Chávez habría llevado al presidencialismo latinoamericano hasta sus últimas consecuencias, desde el momento en que logra neutralizar, en el seno de su propio partido, cualquier disidencia, promoviendo para ello sea al oportunismo en el que se enquistaba un personal sumiso que, en buen número de casos, recogía a militantes desencantados de los partidos tradicionales o bien a una clase política emergente sin autonomía, como lo revelaría la docilidad del bloque parlamentario chavista, mayoritario en la nueva Asamblea Nacional, hacia los dictados del presidente.

La imposición de la voluntad presidencial por encima de su partido también está vinculada con el aislamiento del presidente, hecho que ha provocado unas cuantas incoherencias gubernamentales en la política pública. La improvisación del equipo gubernamental, que incluye unos cuantos colaboradores free lance reclutados principalmente entre los nostálgicos de la izquierda de los 60, ha debilitado un tanto las pretensiones revolucionarias del nuevo régimen. Y la excesiva concentración de poderes en el ejecutivo también parece derivada de una fácil ecuación política, en la que el presidente ha hecho coincidir la legitimidad del régimen con la popularidad del presidente. Desmantelada la oposición, la decisión política, que cuenta con una nueva Constitución, se va concentrando en la persona del presidente. Si a ello agregamos la alta discrecionalidad del presidente, que alimenta un evidente arbitrio presidencial en la interpretación de la norma constitucional, la tendencia hacia una concentración de los poderes, reñida con la vocación democrática del electorado, resultaría inevitable, provocando el abandono de los aliados civiles y militares de la víspera¹⁰.

Si en nuestros días la baja de la popularidad del presidente es un hecho innegable, la nueva institucionalidad, que se asienta en lugares claves del funcionamiento democrático (desde el Tribunal Supremo de Justicia hasta el Consejo Nacional Electoral, pasando por la politización de los altos mandos de las Fuerzas Armadas), no le ha permitido alcanzar un nivel aceptable de consolidación. Los apoyos espontáneos provenientes de los sectores más pobres de la población venezolana resultan insuficientes para llevar a cabo políticas de innovación

⁹ Desde los días de la Constituyente era manifiesto el corte personalista de la nueva política. En su día, los venezolanos observaron, por ejemplo, la imposición presidencial en la adopción de una nueva denominación para el país. Así, la "República Bolivariana", que poseía reminiscencias del primer movimiento subversivo fundado por Chávez y que había encontrado una extendida resistencia en la opinión pública, pasó sin mayores reparos en el seno de la Constituyente.

Las "señas de identidad" chavista en el texto de la Constitución van desde la eliminación de la palabra partido, hasta la intención de conformar cinco nuevos poderes, incluido el "poder moral", extraído de la doctrina del Libertador. En nuestros días, los venezolanos de todas las tendencias políticas no han logrado aún identificar ese poder dentro de la nueva división de poderes propuesto en la nueva constitución. Cf. Hermann Petzold, 2001, p. 50-66. Y si bien es cierto que el "ideario" de Chávez se aparta un tanto de sus ejecutorias como presidente o jefe de un movimiento revolucionario, el texto constitucional va más allá de la ideología política del presidente y su movimiento. Véase Agustín Blanco Muñoz, 1998; Leonardo Vivas, 1999 y Teodoro Petkoff, 2000.

¹⁰ La lista de emigrantes de las filas del chavismo es hoy en día un tanto larga y la misma se extiende desde los compañeros de armas y cómplices de las intenciones golpistas del 92, hasta los flamantes recién llegados al chavismo, quienes intentarían darle una faz democrática antipopulista al nuevo régimen.

institucional como las propuestas en el "proyecto" de cambio original¹¹.

El discurso de un Chávez carismático y movilizador ya no es el mismo cuando se limita a condenar los "40 años de democracia corrupta" -como en los primeros días de gobierno- sin ofrecer una alternativa política viable a los sectores sociales que estaban ganados para una política de cambios profundos. Y es en este terreno donde la oposición reaparece disputándole al presidente el apoyo popular. Asimismo, el espacio de la comunicación *chavista*, ampliamente dominado por la imagen reivindicadora del líder carismático, se ha visto reducido en el último año, debido en parte a la creciente influencia de los medios en la discusión de los asuntos públicos¹².

Desde esta perspectiva, la propuesta y defensa de la "revolución pacífica" habría resultado a la larga insostenible. La ausencia de un "partido revolucionario", que apuntalara la política gubernamental, dejaba la legitimidad del nuevo régimen atada a la popularidad del presidente y se habría traducido en la indefinición del proyecto para tal revolución¹³. Al observar la tradición democrática de la fuerza armada, no había espacio para adelantar en una eventual revolución sociopolítica que pretenda la imposición de hegemonías autoritarias, identificables en el texto constitucional.

La legitimidad del nuevo régimen no es una cuestión secundaria cuando se trata de adelantar

una revolución dentro de los marcos de la democracia formal. Si admitimos con Juan Linz el hecho de que "la legitimidad de un régimen democrático se apoya en la creencia en el derecho de los que han llegado legalmente a la autoridad para dar cierto tipo de órdenes, esperar obediencia y hacerlas cumplir, si es necesario utilizando la fuerza", entonces no queda espacio para una "legitimidad revolucionaria" en la práctica de una democracia genuina y efectiva¹⁴. De aquí que toda democracia legítima requiere siempre "la obediencia a las reglas de juego tanto por parte de la mayoría de los ciudadanos que han votado como por parte de los que detentan la autoridad, así como la confianza de los ciudadanos en la responsabilidad del gobierno"¹⁵. Y el respeto de la Constitución y las leyes no se limita a una toma del poder legal, sino que se extiende hasta la legalidad de los actos del gobierno tanto como de los gobernados. De este modo, el derrocamiento de la democracia como sistema político siempre comienza por el desconocimiento e inobservancia de las leyes.

La imposible accountability

En los estudios políticos recientes sobre América Latina se ha ido imponiendo la noción, tan abstracta como sugerente, de *accountability*. La misma asume a la necesaria rendición de cuentas como la base de la responsabilidad política de los gobiernos y gobernantes democráticos. En tal sentido, los representantes elegidos están obligados a actuar en el mejor interés de los representados, tanto como los

¹¹ A la lista de "promesas incumplidas" del gobierno chavista debe agregarse la impunidad de la que gozan los corruptos del viejo y del nuevo régimen. La crisis económica, que se revela principalmente en el crecimiento del desempleo y la baja del nivel de vida, afecta a las clases medias, que por lo mismo se han ido pasando a las filas de la oposición social y política. Un manejo inexperto de la economía -los ingresos por la renta petrolera son mucho más altos que en el pasado reciente- habría provocado la creciente pauperización de la clase media urbana y el desarrollo de una economía informal sin precedentes. A lo que vendría a agregarse en los meses recientes la adopción de una política de ajuste neoliberal que echaría por tierra y definitivamente la promesa populista de los primeros años de gobierno.

¹² Si en un primer momento, la política-espectáculo había favorecido a Chávez, la misma se revierte con el manifiesto incumplimiento de sus principales promesas. Los medios de comunicación, que habían contribuido en el declive profundo de la vieja clase política, no lograron compartir la dirección de la política con el liderazgo carismático de Chávez. De aquí la tensión permanente entre el discurso presidencial agresivo y descalificador y una opinión pública cada vez más adversa. Véase Carlos Blanco, 2001; Luis Gómez y Nelly Arenas, 2001.

¹³ Si admitimos que la legitimidad revolucionaria debe alimentar siempre la creencia en que el gobierno cuenta con la capacidad y trabaja en el sentido de contribuir al bienestar común e individual, la decepción del electorado chavista ha ido desarrollándose en forma precipitada en el último año, cuando las expectativas van entrando en una situación de frustración colectiva. El deterioro progresivo del régimen podía advertirse desde el segundo año del gobierno. Véase Luis E. Lander y Margarita López Maya, 2000.

¹⁴ Juan J. Linz, 1987, p. 38-39.

¹⁵ *Ibid.*, p.39.



profesionales de la política, en cuanto buscadores del voto de los ciudadanos¹⁶.

La responsabilidad política ante los electores y gobernados sólo es efectiva mediante un conjunto de instituciones con atribuciones de poder. Si en el texto de la Constitución del 99 encontramos todo un conjunto de disposiciones de corte garantista sobre el ejercicio del poder democrático -por esencia poder compartido- la dificultad para ajustar la acción a las mismas se tradujo en una no vigencia de la nueva constitución en una situación, así llamada, de transición hacia un nuevo régimen. Apoyándose en esa situación, el arbitrario presidencial comienza a definir la nueva "normalidad".

La heterogeneidad y debilidad de la oposición que está en el nuevo parlamento que se elige en el 2000 está en el origen de una nueva hegemonía de corte plebiscitario, muy asentada en la persona del presidente¹⁷. De modo tal que un parlamento sin autonomía alguna, con una mayoría dependiente de la autoridad presidencial, procedería a la designación de los titulares de los órganos de control y de justicia¹⁸.

Esta centralización de la estructura gubernamental volvería imposible la necesaria *accountability*. Un balance de la misma en los tres años de gobierno revelaría que tal imposibilidad ha ido minando la autoridad presidencial, disminuyendo en forma considerable la popularidad de su titular.

En la medida en que las reglas mínimas de una democracia representativa se han ido dejando de lado, a fin de hacer más efectivo el liderazgo plebiscitario del presidente, el "simulacro" parlamentario acabaría con su capacidad de evaluación y control de los poderes públicos. Ya para comienzos del cuarto año de gobierno (2002), la incorporación de militares en altos cargos del gobierno revelaría una neta militarización del poder político, lo que paradójicamente coincide con la caída de la popularidad presidencial. Del mismo modo, la erosión del partido de gobierno y de sus aliados del Polo Patriótico amenaza con profundizar el agrietamiento de la base del régimen *chavista*¹⁹.

Enfrentada a obreros y patronos, la "revolución bolivariana" ha ido perdiendo apoyos considerables

¹⁶ Cf. Philippe Schmitter y Terry Linn Karl, 1996, p. 37-49; Bernard Manin, Adam Przeworski y Susan C. Stokes, 1999, p. 1-26. Esta idea está presente en unos cuantos trabajos recientes sobre los problemas de la democratización latinoamericana. Véase Kurt Mettenheim y James Malloy, 1998; Frances Hagopian, 1998; John Peeler 1998. Entre los autores latinoamericanos, Manuel Antonio Garretón, 2000; José Nun, 2000 y Marcos Novaro, 2000.

¹⁷ Entre noviembre 1998 y octubre de 2000 se realizaron un total de siete elecciones: Congreso Nacional, gobernaciones y asambleas legislativas (noviembre de 1998); elecciones presidenciales (diciembre de 1998); referéndum consultivo para convocar la Asamblea Constituyente (abril 1999); elección de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente (julio de 1999); referéndum aprobatorio de la Constitución (diciembre de 1999); relegitimación de presidente, miembros de la Asamblea Nacional y gobernadores (julio de 2000) y relegitimación de las autoridades locales (octubre de 2000). La intervención personal directa del presidente en este largo proceso electoral dio a todas las elecciones características plebiscitarias en las que entraba en juego, en primer lugar, la legitimidad del presidente y sólo después la del nuevo régimen. La automatización del proceso y unos cuantos resultados incoherentes dieron base para que se hable de un fraude a gran escala. Una oposición sumamente dividida se mantuvo siempre muy distante de aportar la prueba del mismo. De ello resultaría una autoridad presidencial fortalecida que contaba además con una mayoría holgada en la Asamblea Nacional y, al parecer, sin adversarios a la vista. La acción gubernamental, fuertemente plebiscitaria, anunciaba desde comienzos de 2001 la concentración del poder en las manos del presidente.

¹⁸ La designación de fiscal, contralor, defensor del pueblo, magistrados del Tribunal Supremo de Justicia y del Consejo Nacional Electoral que de acuerdo con las disposiciones constitucionales correspondía a la Asamblea Nacional, habrían correspondido en "última instancia" al propio presidente que, para el momento, controlaba la tercera/cuarta parte de la Asamblea. De aquí que se haya afirmado que se trataba de una elección "a dedo". Lo que quedaría corroborado con la designación de personas afectas al régimen y con las decisiones cruciales a cargo de tales órganos del poder público, fuertemente inclinadas a favorecer la voluntad presidencial. De aquí el amplio margen de arbitrariedad que distorsiona el carácter democrático del régimen.

¹⁹ Ello explica en parte la cotidianeidad de la denuncia de la ineptitud del presidente y de la corrupción de unos cuantos de sus colaboradores del alto gobierno. La omnipresencia de esa denuncia en los medios de comunicación convertiría a estos últimos en actores calificados de la oposición política. Los mismos medios, que habían promovido la "solución Chávez" en la campaña electoral del 98 y durante el primer año del nuevo gobierno, pasaban a ser los portadores del desencanto de una mayoría social que pugna en nuestros días por devenir política. Y es que los medios sustituyen a los partidos en la manifestación y canalización del desencanto creciente de la población. De aquí la campaña permanente del gobierno contra los medios, expreso en el discurso presidencial de los meses recientes. El aislamiento del presidente quedaría confirmado con el paro general del 10 de diciembre de 2001 y la marcha general de la oposición del 23 de enero de 2002. Aislamiento que venía anunciado con el esfuerzo, tan continuado como frustrado, por hacerse con el control de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV). Con la elección del nuevo equipo dirigente de la Central Sindical la "revolución pacífica" se quedaría definitivamente sin clase obrera.

tanto de sus aliados de la víspera (en el seno del MVR) como de la desmovilizada clase media, que se siente amenazada por la creciente conflictividad que alimenta el clima de tensión social provocado por el régimen en su esfuerzo por recuperar la popularidad perdida²⁰.

La inviabilidad de una democracia plebiscitaria

La tesis que sostiene la necesidad de sustituir la democracia representativa por una "democracia participativa y protagónica", incluida en el texto de la Constitución de 1999, expresaba la intención oficial por desarrollar una política de cambios orientada hacia la superación de la estructura democrático-partidista precedente. Y si la política del "gran rechazo" había proporcionado al nuevo régimen una plataforma electoral exitosa, la misma se revelaría en el último año fuente de contradicciones e incoherencias de la acción gubernamental, decididamente centralizadora y excluyente. De aquí que un vasto sector social, en forma mayoritaria de clase media, se haya volcado hacia soluciones políticas que venían apuntando en los meses recientes la necesidad de un "cambio de régimen".

La lógica del liderazgo plebiscitario entra en conflicto con la lógica de una democratización efectiva del Estado y la sociedad, cuando el nuevo régimen comienza por desentenderse de las promesas electorales que lo habían impulsado hacia el poder. Así, la lucha contra la corrupción no pasó de ser una propuesta vacía de contenido²¹. Y la lucha contra el costo de vida encontró grandes obstáculos en una política económica recesiva que reduce la posibilidad de creación de nuevos empleos, incrementando con

ello la lista de expectativas frustradas. Ante la debilidad de los partidos de la oposición, una sociedad civil que hasta ayer se había revelado apática, si no antipolítica, promueve cada vez más las protestas de calle como la base para el surgimiento de liderazgos alternativos²².

En la medida en que el liderazgo plebiscitario aparece estrechamente vinculado con las ejecutorias y capacidad articuladora del "presidente personal", aquel vive bajo la amenaza de venirse abajo en contextos inestables de estructuración democrática. Si en una primera etapa el presidente Chávez contaba con un partido relativamente disciplinado, que se había anotado unos cuantos éxitos electorales sucesivos en el espacio de dos años, pronto el mismo habría de revelar sus limitaciones inevitables. Y es que estas venían ligadas con una composición interna del partido, variopinta desdeologizada, que se revelaría insuperable en el tiempo y con la presión social democratizadora que exigía mayores espacios para la participación política. El partido del gobierno estaba más cerca del modelo de "partido de cuadros" que del "partido de masas", según la conocida clasificación de Maurice Duverger.

El voluntarismo plebiscitario, exitoso en una primera etapa -los dos primeros años del gobierno de Chávez- se revelaría insuficiente en el tercer año de la experiencia chavista, cuando se va gestando el retorno de los partidos de la oposición a los primeros planos de la vida política. Y es que el carácter excluyente de la propuesta "revolucionaria" le impediría en todo momento ajustar la acción y decisión políticas a las reglas democráticas, expresadas en la nueva constitución. De este modo, la búsqueda participación ampliada de los ciudadanos habría

²⁰ El intento presidencial, a todas luces desesperado, por comprometer a la fuerza armada en la marcha del "proceso revolucionario" coincide con la proposición de un conjunto de leyes (49), que si bien poseía alto contenido popular, resultaba inconstitucional en la nueva relación de fuerzas. Y es que el texto constitucional no se ajusta a la práctica del gobierno por decreto. En otras palabras, la misma institucionalidad revolucionaria, prevista en la Constitución, estaba reñida con la práctica plebiscitaria del gobierno de Chávez.

²¹ Ello puede corroborarse por el hecho de que en tres años de gobierno los venezolanos no hayan visto un solo corrupto preso, de la vieja o de la nueva república. Y ello a pesar de la permanente denuncia expuesta en los medios.

²² No extraña entonces el hecho de que los principales líderes de la oposición, aquellos que aparecen en los sondeos de opinión por encima del presidente, sean políticos noveles con gran presencia mediática. Es el caso del alcalde Mayor de Caracas, Alfredo Peña y el diputado y animador de un popular programa de la televisión, Julio Borges, a la cabeza de un nuevo partido, Primero Justicia.



sido escamoteada por la necesidad de imponer un proyecto hegemónico de cambios, anunciado en las plataformas político-electorales a nivel nacional y local. Y si bien es cierto que el apoyo popular a esa política de cambios se extendía más allá del monopolio de la oferta innovadora, conseguido por Chávez y el *chavismo* en su primera etapa, el mismo presentaba unas cuantas debilidades para mantenerse como alternativa política viable frente a la experiencia bipartidista de los 40 años precedentes²³.

La personalización de la decisión política, que contaba con un piso coherente en el texto constitucional, comenzó a hacerse insostenible en la segunda parte de 2001, cuando la dinámica democrática exigía cambios decisivos en las relaciones de fuerzas y, por lo mismo, se iba imponiendo una apertura de la fuerza hegemónica hacia el debate público de las decisiones portadoras de significado. Así, la movilización desideologizada que se había impuesto en una primera etapa sobre la plataforma que para la ocasión se presentaba como "el proceso", llevaría a sus principales protagonistas al anclaje del discurso en una idea abstracta de revolución y a la exclusión de todos aquellos que no se identificaban con la misma²⁴.

Debe anotarse el hecho de que las incoherencias, producto de la improvisación si no de la falta de preparación de la clase política emergente, habrían de constituirse en fuente permanente de inestabilidad e incertidumbre en un ambiente político lleno de turbulencias. En circunstancias tales que el recurso al arbitrario presidencial agitaba las aguas de la controversia, llevándolas hacia terrenos que nada tenían que ver con el esfuerzo de construcción de una nueva

democracia. Poco a poco se iría configurando el escenario que, según algunos -los partidos de la oposición- comenzaba por identificarse, sea como el del *poschavismo* o, bien, como el de un "*chavismo* sin Chávez".

La política de la transición en Venezuela no se limitaba entonces a la experiencia plebiscitaria de Chávez y del *chavismo*, sino que se extiende a las principales alternativas que, a comienzos del 2002, anunciaban, por un lado, peligrosas desviaciones autoritarias y, por otro, la recomposición del espacio, demasiado heterogéneo hasta entonces, de la oposición. Esta última incluye en un solo movimiento -del *antichavismo*- a las fuerzas del bipartidismo tradicional, ocupando ahora el centro sistémico partidista; las correspondientes a los nuevos partidos, Proyecto Venezuela y Primero Justicia, inclinados hacia la derecha, con presencia notable en los sondeos de opinión y las de la izquierda moderada: el partido Unión (fundado por Arias Cárdenas, compañero de lucha del primer Chávez) y el Movimiento al Socialismo (MAS). De modo tal que asistimos hoy en día a un cierto "retorno de los partidos", rápidamente "enterrados" por el *chavismo* en el poder. Ello replantea desde ya unas relaciones tormentosas entre los epígonos de la democracia bipartidista, con sus vicios y virtudes, y una suerte de neopopulismo, inclinado hacia soluciones plebiscitarias, demasiado provisionales y efímeras como para fundar un nuevo régimen²⁵.

La fuerza seductora del *chavismo* en el poder, que había conseguido por cierto tiempo el monopolio de la decisión en una coyuntura política tan dramática como incierta, ya no constituye en nuestros días una oferta

²³ La propuesta de una "democracia participativa", que reemplazaría a la "democracia representativa", presentada por Chávez en las recientes cumbres iberoamericanas, no alcanzó nunca la relevancia necesaria para imponerse en las agendas gubernamentales de la región. Tal fracaso internacional no impediría en modo alguno la corrección de la retórica presidencial, con fuertes acentos autoritarios, despojada así de todo contenido democrático. No debe extrañar el hecho de que se encuentren coincidencias entre la propuesta de Chávez con la que había expuesto Alberto Fujimori, luego de su cuestionada reelección de 1995.

²⁴ Ni el presidente y, menos aún, sus más cercanos colaboradores del equipo gubernamental, pudieron acertar alguna vez en la definición del "proyecto revolucionario" propuesto. Unos cuantos, tal vez los más adelantados, hablaban de "Tercera vía" y, los más, prefirieron asumir el texto de la nueva constitución, en tanto "Constitución Bolivariana", como el proyecto explícito de la "revolución", reservando para el presidente Chávez la "debida" interpretación.

²⁵ En un trabajo anterior, sobre los partidos y sistemas de partidos en los países andinos, habíamos avanzado la hipótesis de la inviabilidad política del MVR para constituirse en la fuerza hegemónica que impulsaría el proyecto de Chávez y del *chavismo*. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2001, p. 65-75.

prometedora, independiente del esfuerzo personal del presidente por conservar los reductos del poder, acosado por la creciente oposición política y social. Y a pesar de la insistencia con la que los titulares del poder han reclamado para sí el control del espacio y tiempo de la "nueva democracia", la misma ha pasado a formar parte de aquella lista de desengaños y promesas incumplidas de la democracia, descritas por Norberto Bobbio²⁶.

Sólo en esta situación de aislamiento y de disfuncionamiento institucional debe entenderse el esfuerzo *chavista* de relanzamiento del Movimiento Bolivariano Revolucionario-2000 y de un autodenominado "Comando Político de la Revolución", como intentos de radicalización de la línea política gubernamental para hacer frente, tanto a la disidencia interna (MVR) como a la creciente oposición democrática²⁷. De igual forma, la pérdida de la amplia mayoría *chavista* en el parlamento reduce las posibilidades de control de la decisión política desde el ejecutivo, limitando con ello la iniciativa presidencial en la política pública. Si hoy en día la función del MVR, como partido del gobierno, luce disminuida, la reducción en número del equipo gubernamental -exclusión de los dirigentes moderados- dejaría a la cúpula radical, leal al líder plebiscitario, compartiendo con unos pocos cuadros militares la gestión de la política en tiempos tormentosos. La "soledad" del régimen *chavista* es tanto más grave que una política de alianzas -normales en los regímenes democráticos latinoamericanos- parece hoy en día descartada y no entra en la lógica de un "proceso", autoconcebido desde sus orígenes como de "ruptura con el pasado". Y la búsqueda de una base obrera consistente, en las primeras elecciones de la CTV, conducida torpemente, habría de desembocar en una derrota política cargada de peligros para el régimen. Y es que el

sectarismo y la intolerancia *chavista* con aquellos que deberían considerarse los aliados naturales del "proceso", está en el origen de unas cuantas escisiones significativas del *chavismo* en el poder y, lo que resulta más dramático, habrían cerrado en definitiva las vías para una posible negociación con la oposición.

La emergencia de una suerte de "democracia sin el pueblo", que ha caracterizado a las experiencias políticas de corte tecnocrático, también resulta detectable en la experiencia *chavista*, cuando la nueva clase política va perdiendo sus principales contactos con los sectores sociales que le habían sido fieles hasta no hace mucho. No se ha producido, por consiguiente, sustitución de élites. Trátase, más bien, de una continuidad con nuevos actores. Y la medida en que Chávez y el *chavismo* se venían proclamando portadores del "gran rechazo" del pasado, la persistencia de este último en el presente habría terminado por deslegitimar al nuevo régimen. Y a tal punto que el principio democrático, fundador del "antiguo régimen" en Venezuela, sigue cumpliendo su función en el nuevo régimen *chavista*. Esto, al precio del abandono en el camino de unos cuantos objetivos de la "revolución bolivariana".

En suma, la experiencia de Chávez en el poder no habría sido otra cosa que el ensayo fallido por introducir cambios significativos en las formas tradicionales de hacer política. Bien podría tomarse aquella experiencia como una segunda etapa de la transición pospartidocrática que, arrancando en el 93 con la elección de Caldera, se extiende hasta hoy. Etapa de fortalecimiento de una sociedad civil en ciernes y de replanteamiento del modelo de democracia de partidos que, en la práctica, devino *duopolio* partidista, vigente desde el derrocamiento de la última dictadura militar en 1958.

²⁶ De acuerdo con Norberto Bobbio, esa lista venía inscrita dentro de la contradicción entre "los ideales y la cruda realidad" de las democracias occidentales. Cf. Bobbio, 1986, p. 16-31. Una crítica a la tesis de Bobbio, en Danilo Zolo, 1994, p. 78-90.

²⁷ El recurso a la movilización de pequeños grupos de choque, sin otro objetivo que el de asegurar el "control de la calle", terminaría por desacreditar al gobierno, trasladando su cuestionamiento interno hacia instancias internacionales, como la OEA y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Las ruidosas manifestaciones televisadas de tales grupos armados frente a los locales de los medios de comunicación considerados adversos al gobierno, han dado base para que se comiencen a advertir desviaciones fascistoideas en el seno del *chavismo*.



Bibliografía

ANDERSON, Lisa (Ed.), *Transitions to Democracy*, New York, Columbia University Press, 1999.

BALOYRA, Enrique A., "Deepening Democracy with Dominant Parties and Presidentialism: The Venezuelan Regime in a Period of Turbulence", en Kurt von METTENHEIM y James MALLOY, *op.cit.*, p.38-54.

BLANCO, Carlos, "Venezuela: del bipartidismo al neautoritarismo", *Quantum. Revista de Pensamiento Iberoamericano*, N° 2, Primavera 2001, p. 87-95.

BLANCO MUÑOZ, Agustín, *Habla el comandante Hugo Chávez Frías*, IIES-FACES-UCV, 1998.

BOBBIO, Norberto, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

CABALLERO, Manuel, *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*, Madrid, Catarata, 2000.

CASTAÑEDA, Jorge, "Chávez no es Perón", *El País*, 5 de agosto de 1999.

CHERESKY, Isidoro e Inés POUSADELA (Comps.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

COPPEDGE, Michael, *Strong Parties an Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

CORONIL, Fernando, *The Magical State. Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, Chicago, The University of Chicago Press, 1997.

DIAMOND, Larry y Marc F. PLATNER, *El resurgimiento global de la democracia*, México, IIS-UNAM, 1996.

DIETERICH, Heinz, *La cuarta vía al poder. Venezuela, Colombia, Ecuador, Guipúzcoa*, Hiru, 2001.

GARRETON, Manuel Antonio, *Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el cambio de siglo*, Rosario, Homo Sapiens, 2000.

GARRIDO, Alberto, *La revolución bolivariana. De la guerrilla al militarismo*, Mérida, Ediciones del autor, 2000.

GARRIDO, Alberto, *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresele*, Mérida, Ediciones del autor, 2001.

GOMEZ, Luis y Nelly ARENAS, "¿Modernización autoritaria o actualización del populismo? La transición política en Venezuela", *Cuestiones Políticas*, N° 26, Enero-Junio 2001, p. 85-126.

GOTT, Richard, *In the Shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Londres, Verso, 2000.

HAGOPIAN, Frances, "Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization, or Decline?", en Felipe AGUERO y Jeffrey

STARK (Eds.), *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Miami, North-South Center Press at the University of Miami, 1998, p. 99-143.

HIDALGO TRENADO, Manuel, "Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos", *Politeia*, N° 21, 1998, p. 63-100.

LANDER, Luis E. y Margarita LOPEZ MAYA, "Venezuela: la hegemonía amenazada", *Nueva Sociedad*, N° 167, Mayo-Junio 2000, p. 15-25.

LINZ, Juan J., *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987.

MANIN, Bernard, Adam PRZEWORSKI, y Susan STOKES (Eds.), *Democracy, Accountability, and Representation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

MEDINA, Medófilo, *El elegido presidente Chávez. Un nuevo sistema político*, Bogotá, Aurora, 2001.

METTENHEIM, Kurt von y James MALLOY (Eds.), *Deepening Democracy in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1998.

NOVARO, Marcos, *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Rosario, Homo Sapiens, 2000.

NUN, José, *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

O'DONNELL, Guillermo, "¿Democracia delegativa?", *Cuadernos del CLAEH*, 2º serie, N° 61, 1992, p. 5-19.

_____. "Transitions, Continuities, and Paradoxes", en Scott MAINWARING et al., *Issues in Democratic Consolidation. The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1992.

PEELER, John, *Building Democracy in Latin America*, Boulder, Lynne Rienner, 1998.

PETKOFF, Teodoro, *La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión*, Caracas, Grijalbo, 2000.



PETZOLD P., Hermann, "Estudio comparativo entre la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y los proyectos constitucionales de Simón Bolívar de 1819 y 1826", Revista Venezolana de Ciencia Política, n°19, Enero-Junio de 2001, p. 9-71.

RAMONET, Ignacio, "Chávez", Le Monde Diplomatique, octubre de 1999.

RAMOS JIMÉNEZ, Alfredo, "El liderazgo del "nuevo comienzo". Notas sobre el fenómeno Chávez", Revista Venezolana de Ciencia Política, N° 18, Julio-Diciembre 2000, p.13-31.

_____. "Venezuela. El ocaso de una democracia bipartidista", Nueva Sociedad, N° 161, Mayo-Junio 1999, p. 35-42.

_____. "Viejo y nuevo. Partidos y sistemas de partidos en las democracias andinas", Nueva Sociedad, N° 173, Mayo Junio 2001, p. 65-75.

_____. Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada, 1997.

_____. Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo. Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada, 2001.

SCHMITTER, Philippe C. y Terry LINN KARL, "Qué es... y qué no es la democracia", en Larry DIAMOND y Marc PLATNER, op.cit., p. 37-49.

VIVAS, Leonardo, Chávez. La última revolución del siglo, Caracas, Planeta, 1999.

ZOLO, Danilo, La democracia difícil, México, Alianza, 1994.